

ado, y iba con él en busca del puerto, y de tierra que fuese mejor; y luego mandó aperebir la gente que habia de ir con él, que se proveyesen de lo que era menester para la jornada; y después de esto proveído, en presencia de los que allí estaban, me dijo que, pues yo tanto estorbaba y temia la entrada por la tierra, que me quedase y tomase cargo de los navios y la gente que en ellos quedaba, y poblase si yo llegase primero que él. Yo me excusé de esto, y después de salidos de allí aquella misma tarde, diciendo que no le parecia que de nadie se podia fiar aquello, me envió á decir que me rogaba que tomase cargo de ello; y viendo que importunándome tanto, yo todavía me excusaba, me preguntó qué era la causa por que huia de aceptallo; á lo cual respondí que yo huia de encargarme de aquello porque tenia por cierto y sabia que él no habia de ver mas los navios, ni los navios á él, y que esto entendia viendo que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro, y que yo queria mas aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navios, y dar ocasión que se dijese que, como habia contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo queria mas aventurar la vida que poner mi honra en esta condicion. El, viendo que conmigo no aprovechaba, rogó á otros muchos que me hablasen en ello y me lo rogasen; á los cuales respondí lo mismo que á él; y así, proveyó por su teniente, para que quedase en los navios, á un alcalde que traia, que se llamaba Caravallo.

CAPITULO V.

Cómo dejó los navios el Gobernador.

Sábado 1.º de mayo, el mismo dia que esto habia pasado, mandó dar á cada uno de los que habian de ir con él dos libras de bizcocho y media libra de tocino, y así nos partimos para entrar en la tierra. La suma de toda la gente que llevábamos era trecientos hombres: en ellos iba el comisario fray Juan Suarez, y otro fraile que se decia fray Juan de Palos, y tres clérigos y los oficiales. La gente de caballo que con estos íbamos, éramos cuarenta de caballo; y así anduvimos con aquel bastimento que llevábamos, quince dias, sin hallar otra cosa que comer, salvo palmitos de la manera de los de Andalucía. En todo este tiempo no hallamos indio ninguno, ni vimos casa ni poblado, y al cabo llegamos á un rio que lo pasamos con muy gran trabajo á nado y en balsas; detuvimos un dia en pasarlo; que traia muy gran corriente. Pasados á la otra parte, salieron á nosotros hasta docientos indios, poco mas ó menos; el Gobernador salió á ellos, y después de haberlos hablado por señas, ellos nos señalaron de suerte, que nos hobimos de revolver con ellos, y prendimos cinco ó seis, y estos nos llevaron á sus casas, que estaban hasta media legua de allí, en las cuales hallamos gran cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y dimos infinitas gracias á nuestro Señor por habernos socorrido en tan gran necesidad, porque ciertamente, como éramos nuevos en los trabajos, allende del cansancio que traíamos, veníamos muy fatigados de hambre, y á tercero dia que allí llegamos, nos juntamos el contador y veedor y

comisario y yo, y rogamos al Gobernador que enviase á buscar la mar, por ver si halláramos puerto, porque los indios decian que la mar no estaba muy lejos de allí. El nos respondió que no curásemos de hablar en aquello, porque estaba muy lejos de allí; y como yo era el que mas le importunaba, díjome que me fuese yo á descubrirla y que buscásemos puerto, y que habia de ir á pié con cuarenta hombres; y así, otro dia yo me partí con el capitán Alonso del Castillo y con cuarenta hombres de su compañía, y así anduvimos hasta hora de mediodía, que llegamos á unos placeles de la mar que parecia que entraban mucho por la tierra: anduvimos por ellos hasta legua y media con el agua hasta la mitad de la pierna, pisando por encima de ostiones, de los cuales rescibimos muchas cuchilladas en los piés, y nos fueron causa de mucho trabajo, hasta que llegamos en el rio que primero habíamos atravesado, que entraba por aquel mismo ancon, y como no lo podimos pasar, por el mal aparejo que para ello teníamos, volvimos al real, y contamos al Gobernador lo que habíamos hallado, y cómo era menester otra vez pasar por el rio por el mismo lugar que primero lo habíamos pasado, para que aquel ancon se descubriese bien, y viésemos si por allí habia puerto; y otro dia mandó á un capitán que se llamaba Valenzuela, que con sesenta hombres y seis de caballo pasase el rio y fuese por él abajo hasta llegar á la mar, y buscar si habia puerto; el cual, después de dos dias que allí estuvo, volvió y dijo que él habia descubierto el ancon, y que todo era bahía baja hasta la rodilla, y que no se hallaba puerto; y que habia visto cinco ó seis canoas de indios que pasaban de una parte á otra, y que llevaban puestos muchos penachos. Sabido esto, otro dia partimos de allí, yendo siempre en demanda de aquella provincia que los indios nos habian dicho Apalache, llevando por guia los que de ellos habíamos tomado, y así anduvimos hasta 17 de junio, que no hallamos indios que nos osasen esperar; y allí salió á nosotros un señor que le traia un indio á cuestras, cubierto de un cuero de venado pintado: traia consigo mucha gente, y delante de él venian tañendo unas flautas de caña; y así, llegado do estaba el Gobernador, y estuvo una hora con él, y por señas le dimos á entender que íbamos á Apalache, y por las que él hizo nos pareció que era enemigo de los de Apalache, y que nos iria á ayudar contra él. Nosotros le dimos cuentas y cascabeles y otros rescates, y él dió al Gobernador el cuero que traia cubierto; y así, se volvió, y nosotros le fuimos siguiendo por la via que él iba. Aquella noche llegamos á un rio, el cual era muy hondo y muy ancho, y la corriente muy recia, y por no atrevernos á pasar, con balsas hicimos una canoa para ello, y estuvimos en pasarlo un dia; y si los indios nos quisieran ofender, bien nos pudieran estorbar el paso, y aun con ayudarnos ellos, tuvimos mucho trabajo. Uno de caballo, que se decia Juan Velazquez, natural de Cuéllar, por no esperar entró en el rio, y la corriente, como era recia, lo derribó del caballo, y se asió á las riendas, y ahogó á sí y al caballo; y aquellos indios de aquel señor, que se llamaba Dulchanchellin, hallaron el caballo, y nos dijeron dónde halláramos á él por el rio abajo; y así, fueron por él, y su muerte nos dió mucha pena, por-

que hasta entonces ninguno nos habia faltado. El caballo dió de cenar á muchos aquella noche. Pasados de allí, otro dia llegamos al pueblo de aquel señor, y allí nos envió maíz. Aquella noche, donde iban á tomar agua nos flecharon un cristiano, y quiso Dios que no lo hirieron. Otro dia nos partimos de allí sin que indio ninguno de los naturales pareciese, porque todos habian huido; mas yendo nuestro camino, parecieron indios, los cuales venian de guerra; y aunque nosotros los llamamos, no quisieron volver ni esperar; mas antes se retiraron, siguiéndonos por el mismo camino que llevábamos. El Gobernador dejó una celada de algunos. Le caballo en el camino, que como pasaron, salieron á ellos, y tomaron tres ó cuatro indios, y estos llevamos por guias de allí adelante; los cuales nos llevaron por tierra muy trabajosa de andar y maravillosa de ver, porque en ella hay muy grandes montes y los árboles á maravilla altos, y son tantos los que están caidos en el suelo, que nos embarazaban el camino de suerte, que no podíamos pasar sin rodear mucho y con muy gran trabajo; de los que no estaban caidos, muchos estaban hendidos desde arriba hasta abajo, de rayos que en aquella tierra caen, donde siempre hay muy grandes tormentas y tempestades. Con este trabajo caminamos hasta un dia después de San Juan, que llegamos á vista de Apalache sin que los indios de la tierra nos sintiesen. Dimos muchas gracias á Dios por vernos tan cerca de él, creyendo que era verdad lo que de aquella tierra nos habian dicho, que allí se acabarían los grandes trabajos que habíamos pasado, así por el malo y largo camino para andar, como por la mucha hambre que habíamos padecido; porque aunque algunas veces hallábamos maíz, las mas andábamos siete y ocho leguas sin toparlo; y muchos habia entre nosotros que, allende del mucho cansancio y hambre, llevaban hechas llagas en las espaldas, de llevar las armas á cuestras, sin otras cosas que se ofrescían. Mas con vernos llegados donde deseábamos, y donde tanto mantenimiento y oro nos habian dicho que habia, pareciónos que se nos habia quitado gran parte del trabajo y cansancio.

CAPITULO VI.

Cómo llegamos á Apalache.

Llegados que fuimos á vista de Apalache, el Gobernador mandó que yo tomase nueve de caballo y cincuenta peones, y entrase en el pueblo, y así lo acometimos el veedor y yo; y entrados, no hallamos sino mujeres y muchachos; que los hombres á la sazón no estaban en el pueblo; mas de allí á poco, andando nosotros por él, acudieron, y comenzaron á pelear, flechándonos, y mataron el caballo del veedor; mas al fin huyeron y nos dejaron. Allí hallamos mucha cantidad de maíz que estaba ya para cogerse, y mucho seco que tenian encerrado. Hallámoslos muchos cueros de venados, y entre ellos algunas mantas de hilo pequeñas, y no buenas, con que las mujeres cubren algo de sus personas. Tenian muchos vasos para moler maíz. En el pueblo habia cuarenta casas pequeñas y edificadas, bajas y en lugares abrigados, por temor de las grandes tempestades que continuamente en aquella tierra suele haber. El edificio es de paja, y están cercados de muy

espeso monte y grandes arboledas y muchos piélagos de agua; donde hay tantos y tan grandes árboles caidos, que embarazan, y son causa que no se puede por allí andar sin mucho trabajo y peligro.

CAPITULO VII.

De la manera que es la tierra.

La tierra, por la mayor parte, desde donde desembarcamos hasta este pueblo y tierra de Apalache, es llana; el suelo de arena y tierra firme; por toda ella hay muy grandes árboles y montes claros, donde hay nogales y laureles, y otros que se llaman liquidámbares, cedros, sabinas y encinas y pinos y robles, palmitos bajos, de la manera de los de Castilla. Por toda ella hay muchas lagunas, grandes y pequeñas, algunas muy trabajosas de pasar, parte por la mucha hondura, parte por tantos árboles como por ellas están caidos. El suelo de ellas es arena, y las que en la comarca de Apalache hallamos son muy mayores que las de hasta allí. Hay en esta provincia muchos maizales, y las casas están tan esparcidas por el campo, de la manera que están las de los Gelves. Los animales que en ellas vimos, son: venados de tres maneras, conejos y liebres, osos y leones, y otras salvajinas; entre los cuales vimos un animal que trae los hijos en una bolsa que en la barriga tiene; y todo el tiempo que son pequeños los trae allí, hasta que saben buscar de comer; y si acaso están fuera buscando de comer, y acude gente, la madre no huye hasta que los ha recogido en su bolsa. Por allí la tierra es muy fria; tiene muy buenos pastos para ganados; hay aves de muchas maneras, ansares en gran cantidad, patos, ánades, patos reales, dorales y garzotas y garzas, perdices; vimos muchos halcones, neblís, gavi-lanes, esmerejones, y otras muchas aves. Dos horas después que llegamos á Apalache, los indios que de allí habian huido vinieron á nosotros de paz, pidiéndonos á sus mujeres y hijos, y nosotros se los dimos; salvo que el Gobernador detuvo un cacique de ellos consigo, que fué causa por donde ellos fueron escandalizados; y luego otro dia volvieron de guerra, y con tanto denuedo y presteza nos acometieron, que llegaron á nos poner fuego á las casas en que estábamos; mas como salimos, huyeron, y acogieronse á las lagunas, que tenian muy cerca; y por esto, y por los grandes maizales que habia, no les podimos hacer daño, salvo á uno que matamos. Otro dia siguiente, otros indios de otro pueblo que estaba de la otra parte vinieron á nosotros y acometiéronnos de la misma arte que los primeros, y de la misma manera se escaparon, y tambien murió uno de ellos. Estuvimos en este pueblo veinte y cinco dias, en que hicimos tres entradas por la tierra, y hallámosla muy pobre de gente y muy mala de andar, por los malos pasos y montes y lagunas que tenia. Preguntamos al cacique que les habíamos detenido, y á los otros indios que traíamos con nosotros, que eran vecinos y enemigos de ellos, por la manera y poblacion de la tierra, y la calidad de la gente, y por los bastimentos y todas las otras cosas de ella. Respondiéronnos cada uno por sí, que el mayor pueblo de toda aquella tierra era aquel Apalache, y que adelante habia menos gente y muy mas pobre que ellos, y que la tierra era mal po-

blada y los moradores de ella muy repartidos; y que yendo adelante, había grandes lagunas y espesura de montes y grandes desiertos y despoblados. Preguntámosles luego por la tierra que estaba hácia el sur, qué pueblos y mantenimientos tenía. Dijeron que por aquella vía, yendo á la mar nueve jornadas, había un pueblo que llamaban Aute, y los indios de él tenían mucho maíz, y que tenían frísoles y calabazas, y que por estar tan cerca de la mar alcanzaban pescados, y que estos eran amigos suyos. Nosotros, vista la pobreza de la tierra, y las malas nuevas que de la población y de todo lo demás nos daban, y cómo los indios nos hacían continua guerra hiriéndonos la gente y los caballos en los lugares donde íbamos á tomar agua, y esto desde las lagunas, y tan á su salvo, que no los podíamos ofender, porque metidos en ellas nos flechaban, y mataron un señor de Tezcuco que se llamaba don Pedro, que el comisario llevaba consigo, acordamos de partir de allí, y ir á buscar la mar y aquel pueblo de Aute que nos habían dicho; y así, nos partimos á cabo de veinte y cinco días que allí habíamos llegado. El primero día pasamos aquellas lagunas y pasos sin ver indio ninguno; mas al segundo día llegamos á una laguna de muy mal paso, porque daba el agua á los pechos y había en ella muchos árboles caídos. Ya que estábamos en medio de ella, nos acometieron muchos indios que estaban abscondidos detrás de los árboles porque no los viésemos; otros estaban sobre los caídos, y comenzáronnos á flechar de manera, que nos hirieron muchos hombres y caballos, y nos tomaron la guía que llevábamos, antes que de la laguna saliésemos, y después de salidos de ella, nos tornaron á seguir, queriéndonos estorbar el paso; de manera que no nos aprovechaba salirnos afuera ni hacernos mas fuertes, y querer pelear con ellos, que se metían luego en la laguna, y desde allí nos herían la gente y caballos. Visto esto, el Gobernador mandó á los de caballo que se apeasen y les acometiesen á pié. El contador se apeó con ellos, y así los acometieron, y todos entraron á vueltas en una laguna, y así les ganamos el paso. En esta revuelta hubo algunos de los nuestros heridos, que no les valieron buenas armas que llevaban; y hubo hombres este día que juraron que habían visto dos robles, cada uno de ellos tan grueso como la pierna por bajo, pasados de parte á parte de las flechas de los indios; y esto no es tanto de maravillar, vista la fuerza y maña con que las echan; porque yo mismo vi una flecha en un pié de un álamo, que entraba por él un gеме. Cuantos indios vimos desde la Florida aquí, todos son flecheros; y como son tan crecidos de cuerpo y andan desnudos, desde léjos parecen gigantes. Es gente á maravilla bien dispuesta, muy enjutos y de muy grandes fuerzas y ligereza. Los arcos que usan son gruesos como el brazo, de once ó doce palmos de largo, que flechan á docientos pasos con tan gran tiento, que ninguna cosa yerran. Pasados que fuimos de este paso, de ahí á una legua llegamos á otro de la misma manera, salvo que por ser tan larga, que duraba media legua, era muy peor: este pasamos libremente y sin estorbo de indios; que, como habían gastado en el primero toda la munición que de flechas tenían, no quedó con que osarnos acometer. Otro día

siguiente, pasando otro semejante paso, yo hallé rastro de gente que iba delante, y di aviso de ello al Gobernador que venía en la retaguarda; y así, aunque los indios salieron á nosotros, como íbamos apercebidos, no nos pudieron ofender; y salidos á lo llano, fuéronnos todavía siguiendo; volvimos á ellos por dos partes, y matámosles dos indios, y hirieronme á mí y dos ó tres cristianos; y por acogerse al monte no les podimos hacer mas mal ni daño. De esta suerte caminamos ocho días, y desde este paso que he contado, no salieron mas indios á nosotros hasta una legua adelante, que es lugar donde he dicho que íbamos. Allí, yendo nosotros por nuestro camino, salieron indios, y sin ser sentidos, dieron en la retaguarda, y á los gritos que dió un muchacho de un hidalgo de los que allí iban, que se llamaba Avellaneda, el Avellaneda volvió, y fué á socorrerlos, y los indios le acertaron con una flecha por el canto de las corazas, y fué tal la herida, que pasó casi toda la flecha por el pescuezo, y luego allí murió y lo llevamos hasta Aute. En nueve días de camino, desde Apalache hasta allí, llegamos. Y cuando fuimos llegados, hallamos toda la gente de él ida, y las casas quemadas, y mucho maíz y calabazas y frísoles, que ya todo estaba para empezarse á coger. Descansamos allí dos días, y estos pasados, el Gobernador merogó que fuese á descubrir la mar, pues los indios decían que estaba tan cerca de allí; ya en este camino la habíamos descubierto por un río muy grande que en él hallamos, á quien habíamos puesto por nombre el río de la Magdalena. Visto esto, otro día siguiente yo me partí á descubrirla, juntamente con el comisario y el capitán Castillo y Andrés Dorantes y otros siete de caballo y cincuenta peones, y caminamos hasta hora de vísperas, que llegamos á un ancon ó entrada de la mar, donde hallamos muchos ostiones, con que la gente holgó; y dimos muchas gracias á Dios por habernos traído allí. Otro día de mañana envié veinte hombres á que conociesen la costa y mirasen la disposición de ella; los cuales volvieron otro día en la noche, diciendo que aquellos ancones y bahías eran muy grandes y entraban tanto por la tierra adentro, que estorbaban mucho para descubrir lo que queríamos, y que la costa estaba muy léjos de allí. Sabidas estas nuevas, y vista la mala disposición y aparejo que para descubrir la costa por allí había, yo me volví al Gobernador, y cuando llegamos, hallámosle enfermo con otros muchos, y la noche pasada los indios habían dado en ellos y puéstolos en grandísimo trabajo, por la razón de la enfermedad que les había sobrevenido; también les habían muerto un caballo. Yo di cuenta de lo que había hecho y de la mala disposición de la tierra. Aquel día nos detuvimos allí.

CAPITULO VIII.

Cómo partimos de Aute.

Otro día siguiente partimos de Aute, y caminamos todo el día hasta llegar donde yo había estado. Fué el camino en extremo trabajoso, porque ni los caballos bastaban á llevar los enfermos, ni sabíamos qué remedio poner, porque cada día adolescian; que fué cosa de muy gran lástima y dolor ver la necesidad y trabajo en que estábamos. Llegados que fuimos, visto el poco re-

medio que para ir adelante había, porque no había dónde, ni aunque lo hubiera, la gente pudiera pasar adelante, por estar los mas enfermos, y tales, que pocos había de quien se pudiese haber algun provecho. Dejó aquí de contar esto mas largo, porque cada uno puede pensar lo que se pasaria en tierra tan extraña y tan mala, y tan sin ningun remedio de ninguna cosa, ni para estar ni para salir de ella. Mas como el mas cierto remedio sea Dios nuestro Señor, y de este nunca desconfiamos, sucedió otra cosa que agravaba mas que todo esto, que entre la gente de caballo se comenzó la mayor parte de ellos á ir secretamente, pensando hallar ellos por sí remedio, y desamparar al Gobernador y á los enfermos, los cuales estaban sin algunas fuerzas y poder. Mas, como entre ellos había muchos hijosdalgo y hombres de buena suerte, no quisieron que esto pasase sin dar parte al Gobernador y á los oficiales de vuestra majestad; y como les afeamos su propósito, y les pusimos delante el tiempo en que desamparaban á su capitán y los que estaban enfermos y sin poder, y apartarse sobre todo del servicio de vuestra majestad, acordaron de quedar, y que lo que fuese de uno fuese de todos, sin que ninguno desamparase á otro. Visto esto por el Gobernador, los llamó á todos y á cada uno por sí, pidiendo parecer de tan mala tierra, para poder salir de ella y buscar algun remedio, pues allí no lo había, estando la tercera parte de la gente con gran enfermedad, y creciendo esto cada hora, que teníamos por cierto todos lo estaríamos así; de donde no se podía seguir sino la muerte, que por ser en tal parte se nos hacia mas grave; y vistos estos y otros muchos inconvenientes, y tentados muchos remedios, acordamos en uno harto difícil de poner en obra, que era hacer navíos en que nos fuésemos. A todos pareció imposible, porque nosotros no los sabíamos hacer, ni había herramientas, ni hierro, ni fragua, ni estopa, ni pez, ni jarcias, finalmente, ni cosa ninguna de tantas como son menester, ni quien supiese nada para dar industria en ello, y sobre todo, no haber qué comer entre tanto que se hiciesen, y los que habían de trabajar de arte que habíamos dicho; y considerando todo esto, acordamos de pensar en ello mas de espacio, y cesó la plática aquel día, y cada uno se fué, encomendándolo á Dios nuestro Señor, que lo encaminase por donde él fuese mas servido. Otro día quiso Dios que uno de la compañía vino diciendo que él haría unos cañones de palo, y con unos cueros de venado se harían unos fuelles, y como estábamos en tiempo que cualquiera cosa que tuviese alguna sobrehoz de remedio, nos parecia bien, dijimos que se pusiese por obra; y acordamos de hacer de los estribos y espuelas y ballestas, y de las otras cosas que había, los clavos y sierras y hachas, y otras herramientas, de que tanta necesidad había para ello; y dimos por remedio que para haber algun mantenimiento en el tiempo que esto se hiciese, se hiciesen cuatro entradas en Aute con todos los caballos y gente que pudiesen ir, y que á tercero día se matase un caballo, el cual se repartiese entre los que trabajaban en la obra de las barcas y los que estaban enfermos; las entradas se hicieron con la gente y caballos que fué posible, y en ellas se trajeron hasta cuatrocientas hanegas de maíz, aunque no sin contiendas y pendencias con los

indios. Hecimos coger muchos palmitos para aprovecharnos de la lana y cobertura de ellos, torciéndola y aderezándola para usar en lugar de estopa para las barcas; las cuales se comenzaron á hacer con un solo carpintero que en la compañía había, y tanta diligencia pusimos, que, comenzándolas á 4 días de agosto, á 20 días del mes de setiembre eran acabadas cinco barcas, de á veinte y dos codos cada una, calafeteadas con las estopas de los palmitos, y breámoslas con cierta pez de alquitran que hizo un griego, llamado don Teodoro, de unos pinos; y de la misma ropa de los palmitos, y de las colas y crines de los caballos, hecimos cuerdas y jarcias, y de las nuestras camisas velas, y de las sabinas que allí había, hecimos los remos que nos pareció que era menester; y tal era la tierra en que nuestros pecados nos habían puesto, que con muy gran trabajo podíamos hallar piedras para lastre y anclas de las barcas, ni en toda ella habíamos visto ninguna. Desollamos también las piernas de los caballos enteras, y curtimos los cueros de ellas para hacer botas en que llevásemos agua. En este tiempo algunos andaban cogiendo marisco por los rincones y entradas de la mar, en que los indios, en dos veces que dieron en ellos, nos mataron diez hombres á vista del real, sin que los pudiésemos socorrer, los cuales hallamos de parte á parte pasados con flechas; que, aunque algunos tenían buenas armas, no bastaron á resistir para que esto no se hiciese, por flechar con tanta destreza y fuerza como arriba he dicho, y á dicho y juramento de nuestros pilotos, desde la bahía, que pusimos nombre de la Cruz, hasta aquí anduvimos docientas y ochenta leguas, poco mas ó menos. En toda esta tierra no vimos sierra ni tuvimos noticia de ella en ninguna manera; y antes que nos embarcásemos, sin los que los indios nos mataron, se murieron mas de cuarenta hombres de enfermedad y hambre. A 22 días del mes de setiembre se acabaron de comer los caballos, que solo uno quedó, y este día nos embarcamos por esta orden: que en la barca del Gobernador iban cuarenta y nueve hombres; en otra que dió al contador y comisario iban otros tantos; la tercera dió al capitán Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, con cuarenta y ocho hombres, y otra dió á dos capitanes, que se llamaban Tellez y Peñalosa, con cuarenta y siete hombres. La otra dió al veedor y á mí con cuarenta y nueve hombres, y después de embarcados los bastimentos y ropa, no quedó á las barcas mas de un gеме de bordo fuera del agua, y allende de esto, íbamos tan apretados, que no nos podíamos menear; y tanto puede la necesidad, que nos hizo aventurar á ir de esta manera, y meternos en una mar tan trabajosa, y sin tener noticia de la arte del marear ninguno de los que allí iban.

CAPITULO IX.

Cómo partimos de bahía de Caballos.

Aquella bahía de donde partimos ha por nombre la bahía de Caballos, y anduvimos siete días por aquellos ancones, entrados en el agua hasta la cinta, sin señal de ver ninguna cosa de costa; y al cabo de ellos llegamos á una isla que estaba cerca de la tierra. Mi barca iba delante, y de ella vimos venir cinco canoas

de indios, los cuales las desampararon y nos las dejaron en las manos, viendo que íbamos á ellas; las otras barcas pasaron adelante, y dieron en unas casas de la misma isla, donde hallamos muchas lizas y huevos de ellas, que estaban secas; que fué muy gran remedio para la necesidad que llevábamos. Después de tomadas, pasamos adelante, y dos leguas de allí pasamos un estrecho que la isla con la tierra hacia, al cual llamamos de Sant Miguel por haber salido en su día por él; y salidos, llegamos á la costa, donde, con las cinco canoas que yo habia tomado á los indios, remediamos algo de las barcas, haciendo falcas de ellas, y añadiéndolas; de manera que subieron dos palmas de bordo sobre el agua; y con esto tornamos á caminar por luengo de costa la via del rio de Palmas, creciendo cada día la sed y la hambre, porque los bastimentos eran muy pocos y iban muy al cabo, y el agua se nos acabó, porque las botas que hicimos de las piernas de los caballos luego fueron podridas y sin ningun provecho; algunas veces entramos por ancones y bahías que entraban mucho por la tierra adentro; todas las hallamos bajas y peligrosas; y así anduvimos por ellas treinta días, donde algunas veces hallábamos indios pescadores, gente pobre y miserable. Al cabo ya de estos treinta días, que la necesidad del agua era en extremo, yendo cerca de costa, una noche sentimos venir una canoa, y como la vimos, esperamos que llegase, y ella no quiso hacer cara; y aunque la llamamos, no quiso volver ni aguardarnos, y por ser de noche no la seguimos, y fuimos nuestra via; cuando amanesció vimos una isla pequeña, y fuimos á ella por ver si halláramos agua, mas nuestro trabajo fué en balde, porque no la habia. Estando allí surtos, nos tomó una tormenta muy grande, porque nos detuvimos seis días sin que osásemos salir á la mar; y como habia cinco días que no bebíamos, la sed fué tanta, que nos puso en necesidad de beber agua salada, y algunos se desatentaron tanto en ello, que súpitamente se nos murieron cinco hombres. Cuento esto así brevemente, porque no creo que hay necesidad de particularmente contar las miserias y trabajos en que nos vimos; pues considerando el lugar donde estábamos y la poca esperanza de remedio que teníamos, cada uno puede pensar mucho de lo que allí pasaria; y como vimos que la sed crecía y el agua nos mataba, aunque la tormenta no era cesada, acordamos de encomendarnos á Dios nuestro Señor, y aventurarnos antes al peligro de la mar que esperar la certinidad de la muerte que la sed nos daba; y así, salimos la via donde habíamos visto la canoa la noche que por allí veníamos; y en este día nos vimos muchas veces anegados, y tan perdidos, que ninguno hubo que no tuviese por cierta la muerte. Plugo á nuestro Señor, que en las mayores necesidades suele mostrar su favor, que á puesta del sol volvimos una punta que la tierra hace, adonde hallamos mucha bonanza y abrigo. Salieron á nosotros muchas canoas, y los indios que en ellas venian nos hablaron, y sin querernos aguardar, se volvieron. Era gente grande y bien dispuesta, y no traían flechas ni arcos. Nosotros les fuimos siguiendo hasta sus casas, que estaban cerca de allí á la lengua del agua, y saltamos en tierra, y delante de las casas hallamos muchos cántaros de agua y

mucha cantidad de pescado guisado, y el señor de aquellas tierras ofresció todo aquello al Gobernador, y tomándolo consigo, lo llevó á su casa. Las casas de estos eran de esteras, que á lo que pareció eran estantes; y después que entramos en casa del Cacique, nos dió mucho pescado, y nosotros le dimos del maíz que traíamos, y lo comieron en nuestra presencia, y nos pidieron mas, y se lo dimos, y el Gobernador le dió muchos rescates; el cual, estando con el Cacique en su casa, á media hora de la noche súpitamente los indios dieron en nosotros y en los que estaban muy malos echados en la costa, y acometieron tambien la casa del Cacique, donde el Gobernador estaba, y lo hirieron de una piedra en el rostro. Los que allí se hallaron prendieron al Cacique; mas como los suyos estaban tan cerca, soltóseles y dejélos en las manos una manta de mantas cebelinas, que son las mejores que creo yo que en el mundo se podrian hallar, y tienen un olor que no parece sino de ámbar y almizcle, y alcanza tan léjos, que de mucha cantidad se siente; otras vimos allí, mas ningunas eran tales como estas. Los que allí se hallaron, viendo al Gobernador herido, lo metimos en la barca, y hicimos que con él se recogiese toda la mas gente á sus barcas, y quedamos hasta cincuenta en tierra para contra los indios, que nos acometieron tres veces aquella noche, y con tanto ímpetu, que cada vez nos hacian retroar mas de un tiro de piedra. Ninguno hubo de nosotros que no quedase herido, y yo lo fui en la cara; y si, como se hallaron pocas flechas, estuvieran mas proveidos de ellas, sin dubda nos hicieran mucho daño. La última vez se pusieron en celada los capitanes Dorantes y Peñalosa y Tellez con quince hombres, y dieron en ellos por las espaldas, y de tal manera les hicieron huir, que nos dejaron. Otro día de mañana yo les rompí mas de treinta canoas, que nos aprovecharon para un norte que hacia, que por todo el día hubimos de estar allí con mucho frio, sin osar entrar en la mar, por la mucha tormenta que en ella habia. Esto pasado, nos tornamos á embarcar, y navegamos tres días; y como habíamos tomado poca agua, y los vasos que teníamos para llevar asimismo eran muy pocos, tornamos á caer en la primera necesidad; y siguiendo nuestra via, entramos por un estero, y estando en él, vimos venir una canoa de indios. Como los llamamos, vinieron á nosotros, y el Gobernador, á cuya barca habian llegado, pidióles agua, y ellos la ofrescieron con que les diesen en que la trajesen; y un cristiano griego, llamado Doroteo Teodoro (de quien arriba se hizo mencion), dijo que queria ir con ellos; el Gobernador y otros se lo procuraron estorbar mucho, y nunca lo pudieron, sino que en todo caso queria ir con ellos; así se fué, y llevó consigo un negro, y los indios dejaron en rehenes dos de su compañía; y á la noche volvieron los indios y trajéronnos muchos vasos sin agua, y no trajeron los cristianos que habian llevado; y los que habian dejado por rehenes, como los otros los hablaron, quisieron echar al agua. Mas los que en la barca estaban los detuvieron; y así, se fueron huyendo los indios de la canoa, y nos dejaron muy confusos y tristes por haber perdido aquellos dos cristianos.

CAPITULO X.

De la refriega que nos dieron los indios.

Venida la mañana, vinieron á nosotros muchas canoas de indios, pidiéndonos los dos compañeros que en la barca habian quedado por rehenes. El Gobernador dijo que se los daría con que trajesen los dos cristianos que habian llevado. Con esta gente venian cinco ó seis señores, y nos pareció ser la gente mas bien dispuesta y de mas autoridad y concierto que hasta allí habíamos visto, aunque no tan grandes como los otros de quien habemos contado. Traían los cabellos sueltos y muy largos, y cubiertos con mantas de martas, de la suerte de las que atrás habíamos tomado, y algunas de ellas hechas por muy extraña manera, porque en ellas habia unos lazos de labores de unas pieles leonadas, que parecian muy bien. Rogáramos que nos fuésemos con ellos, y que nos darian los cristianos y agua y otras muchas cosas; y contino acudían sobre nosotros muchas canoas, procurando de tomar la boca de aquella entrada; y así por esto como porque la tierra era muy peligrosa para estar en ella, nos salimos á la mar, donde estuvimos hasta mediodía con ellos. Y como no nos quisiesen dar los cristianos, y por este respeto nosotros no les diésemos los indios, comenzáramos á tirar piedras con hondas y varas, con muestras de flecharnos, aunque en todos ellos no vimos sino tres ó cuatro arcos.

Estando en esta contienda, el viento refrescó, y ellos se volvieron y nos dejaron; y así, navegamos aquel día hasta hora de vísperas, que mi barca, que iba delante, descubrió una punta que la tierra hacia, y del otro cabo se via un rio muy grande, y en una isleta que hacia la punta hice yo surgir por esperar las otras barcas. El Gobernador no quiso llegar, antes se metió por una bahía muy cerca de allí, en que habia muchas isletas, y allí nos juntamos, y desde la mar tomamos agua dulce, porque el rio entraba en la mar de avenida, y por tostar algun maíz de lo que traíamos, porque ya habia dos días que lo comíamos crudo, saltamos en aquella isla; mas como no hallamos leña, acordamos de ir al rio que estaba detrás de la punta, una legua de allí; y yendo, era tanta la corriente, que no nos dejaba en ninguna manera llegar, antes nos apartaba de la tierra, y nosotros trabajando y porfiando por tomarla. El norte que venia de la tierra comenzó á crecer tanto, que nos metió en la mar, sin que nosotros pudiésemos hacer otra cosa; y á media legua que fuimos metidos en ella, sondamos, y hallamos que con treinta brazas no podimos tomar fondo, y no podíamos entender si la corriente era causa que no lo pudiésemos tomar; y así, navegamos dos días todavía, trabajando por tomar tierra; y al cabo de ellos, un poco antes que el sol saliese, vimos muchos humeros por la costa; y trabajando por llegar allí, nos hallamos en tres brazas de agua, y por ser de noche no osamos tomar tierra; porque como habíamos visto tantos humeros, creíamos que se nos podria recrescer algun peligro, sin nosotros poder ver, por la mucha obscuridad, lo que habíamos de hacer, y por esto determinamos de esperar á la mañana; y como amanesció, cada barca se halló por sí perdida de

las otras; yo me hallé en treinta brazas, y siguiendo mi viaje, á hora de vísperas vi dos barcas, y como fui á ellas, vi que la primera á que llegué era la del Gobernador, el cual me preguntó qué me parecia que debíamos hacer. Yo le dije que debia recobrar aquella barca que iba delante, y que en ninguna manera la dejase, y que juntas todas tres barcas, siguiésemos nuestro camino donde Dios nos quisiese llevar. El me respondió que aquello no se podia hacer, porque la barca iba muy metida en la mar, y él queria tomar la tierra, y que si la queria yo seguir, que hiciese que los de mi barca tomasen los remos y trabajasen, porque con fuerza de brazos se habia de tomar la tierra, y esto le aconsejaba un capitan que consigo llevaba, que se llamaba Pantoja, diciéndole que si aquel día no tomaba la tierra, que en otros seis no la tomaria, y en este tiempo era necesario morir de hambre. Yo, vista su voluntad, tomé mi remo, y lo mismo hicieron todos los que en mi barca estaban para ello, y bogamos hasta casi puesto el sol; mas como el Gobernador llevaba la mas sana y recia gente que entre toda habia, en ninguna manera lo podimos seguir ni tener con ella. Yo, como vi esto, pedíle que, para poderle seguir, me diese un cabo de su barca; y el me respondió que no harian ellos poco si solos aquella noche pudiesen llegar á tierra. Yo le dije que, pues via la poca posibilidad que en nosotros habia para poder seguirle y hacer lo que habia mandado, que me dijese qué era lo que mandaba que yo hiciese. El me respondió que ya no era tiempo de mandar unos á otros; que cada uno hiciese lo que mejor le pareciese que era para salvar la vida; que él así lo entendia de hacer; y diciendo esto, se alargó con su barca; y como no le pude seguir, arribé sobre la otra barca que iba metida en la mar, la cual me esperó; y llegado á ella, hallé que era la que llevaban los capitanes Peñalosa y Tellez; y así, navegamos cuatro días en compañía, comiendo por tasa cada día medio puño de maíz crudo. A cabo de estos cuatro días nos tomó una tormenta, que hizo perder la otra barca, y por gran misericordia que Dios tuvo de nosotros, no nos hundimos del todo, segun el tiempo hacia; y con ser invierno, y el frio muy grande, y tantos días que padescíamos hambre, con los golpes que de la mar habíamos recibido, otro día la gente comenzó mucho á desmayar, de tal manera, que cuando el sol se puso, todos los que en mi barca venian estaban caídos en ella, unos sobre otros, tan cerca de la muerte, que pocos habia que tuviesen sentido, y entre todos ellos á esta hora no habia cinco hombres en pié; y cuando vino la noche no quedamos sino el maestro y yo que pudiésemos mear la barca, y á dos horas de la noche el maestro me dijo que yo tuviese cargo de ella, porque él estaba tal, que creia aquella noche morir; y así, yo tomé el leme, y pasada media noche, yo llegué por ver si era muerto el maestro, y él me respondió que él antes estaba mejor, y que él gobernaria hasta el día. Yo cierto aquella hora de muy mejor voluntad tomara la muerte, que no ver tanta gente delante de mí de tal manera. Y después que el maestro tomó cargo de la barca, yo reposé un poco muy sin reposo, ni habia cosa mas léjos de mí entonces que el sueño. Y acerca del alba parecióme que oía el tumbo de la mar, porque,